

***Las “sagradas escrituras” del marxismo.* Buenos Aires: Editorial Grito Sagrado, 1988. 280 pp.**

Rodolfo Campos

Por Adrian Baffini  
UBA - FFyL

Rodolfo Campos no es un autor de consulta inmediata en el marxismo argentino. Su obra es relativamente desconocida y, sin embargo, de una gran riqueza problemática para la izquierda revolucionaria. *Las “sagradas escrituras” del marxismo* es el único texto conocido del autor. En él se encuentra todo lo que un obra crítica del marxismo debe tener: una lectura de lo que significó Marx como aporte para el conocimiento y la práctica revolucionaria; una definición ante la figura de Engels como continuador (o no) de la obra de Marx; un desarrollo de la relación idea-materia en el marxismo; referencias al contexto histórico del cual se derivan las discusiones planteadas; y, sobre todo, un correlato en el ámbito de la práctica política de lo que se está planteando.

El contexto de la obra es el año 1988. La avanzada del capital sobre el movimiento obrero lo ha hecho retroceder. Europa estaba muy lejos de Mayo del 68 y se implementaban las políticas neoliberales para recomponer el capital luego de la crisis de 1973. Rusia iba hacia la restauración capitalista y no era un dato menor la descomposición de lo que intentó ser un Estado obrero. En Latinoamérica la lucha revolucionaria de los 60 y 70 sufrió un duro golpe con el establecimiento de las dictaduras militares.

En el plano de la intelectualidad empezaron a tener espacio las corrientes posmodernas, que planteaban a grandes rasgos el escepticismo sobre la posibilidad de conocer lo real, el relativismo de todo criterio científico y la condensación de todo conocimiento en un concepto subjetivista del discurso. Por otro lado, junto a ellas se desarrolló una práctica academicista que redujo los ámbitos de discusión a las casas de altos estudios, los hiperespecializó a niveles micro analíticos en detrimento de visiones holísticas y los desvinculó de toda aplicación práctica política.

En este sentido, no resulta azaroso el trabajo de Rodolfo Campos cuando se pregunta por el lugar de la praxis como ruptura de Marx con la filosofía, y por el rol que le cupo a Engels cuando el avance del imperialismo y el retroceso del movimiento obrero lo llevó a tener que defender la vigencia del conocimiento de lo real y la posibilidad de transformarlo, según Marx lo había planteado. Así, su disputa en el marco de lo que nosotros (no él) llamaríamos la teoría, parece ser análoga a la de Engels con los neokantianos respecto de si era posible o no conocer al ser, abarcar la realidad y transformarla. Pero con la crítica que esbozará de Engels, Campos intentará dar batalla en este terreno sin dejar de lado lo que para él fue el olvido de todo el marxismo después de Marx: la *praxis*. Sin embargo, no nos brinda un análisis sistematizado de este concepto por lo que debemos deducirlo a través de sus críticas al derrotero del marxismo a partir de la obra de Engels.

### **"Marx rompe con la filosofía"**

Tal es el nombre del capítulo primero de la obra de Campos. Es una afirmación que se comprende mejor cuando en la introducción dice que "después de Marx, el movimiento marxista ha disociado prácticamente la historia de la filosofía –y como consecuencia la idea de muerte de la filosofía– del proceso histórico concreto" (Campos, 1988: 38).

Con estas palabras, Campos introduce lo que va a ser la tesis fundamental de su libro: la ruptura de Karl Marx con la filosofía especulativa en favor de un conocimiento devenido de la *praxis*. Marx –dice el autor– se opuso a cualquier tipo de conceptualización abstracta del hombre. Esto significa que no se lo puede pensar por fuera de su práctica en sociedad, es decir del hombre concreto, determinado. Marx no piensa un hombre-cognoscente, o un hombre-ser, o cualquier otro tipo de abstracción del hombre porque "son irrealidades. Una única especie de hombre existe: el hombre social, o más exactamente aún, el hombre de la sociedad de explotación" (Campos, 1988: 42). Abstraer al hombre de sus relaciones sociales –para el caso: capitalistas– es despojarlo de la esencia misma de su realidad: la *praxis*.

Del desarrollo de lo anterior, Campos deduce que en Marx el hombre abstracto termina siendo real sólo para los filósofos, y esto es el hecho mismo de la alienación. El hombre abstracto es una creación del hombre concreto de la sociedad de explotación que define su esencia en un único terreno: la idea. Pero esto último no es un proceso que se da en el plano de lo conceptual sino que deriva de una *praxis* social alienante, que es la sociedad capitalista que analiza Marx.

Sin embargo, para el autor, la *praxis* no es un concepto del materialismo en oposición al idealismo. La *praxis* es superadora de la dicotomía materia-idea. Al respecto, dice Campos:

El materialismo ha sabido, justamente, defender la primacía de la materia, pero el idealismo se ha apropiado el lado activo del pensamiento. Hay que superar uno y otro, para realizar la síntesis que permita alcanzar el verdadero "concreto" (1988: 59)

En líneas anteriores, el autor había mostrado cual es la síntesis que –según él– Marx elaboró: "la acción práctica, la acción práctica social, la mediadora entre el hombre y el mundo. Es una mediación activa, porque es creadora a la vez, del mundo exterior y del hombre-mismo" (1988: 59).

La superación de Marx pasaría por entender que el conocimiento (la filosofía) no es una sensación del hombre frente a la materia, al modo como Feuerbach entiende, porque eso implicaría un materialismo pasivo que olvidaría el lado activo del hombre –que sí reconoce el idealismo–. La *praxis* recupera ese lado activo de la idea para la transformación de la materia y con ella del hombre (una extensión de esa materia misma). Y en este sentido, conocer forma parte de ese lado activo; no hay un hombre-cognoscente sino un hombre que conoce estableciendo su *praxis* en la sociedad capitalista; no hay filosofía porque se rompe con ella: hay *praxis*.

### Engels, la teoría materialista del conocimiento y la vuelta a la filosofía

En la introducción, Rodolfo Campos adelantaba lo que sería su crítica al marxismo después de Marx diciendo que se disociaba la ruptura que Marx había establecido con la filosofía del proceso histórico concreto. Y agrega: “nadie más tuvo nunca la posibilidad de afirmar que el marxismo es todo lo contrario a una ideología, que no es una concepción del mundo, porque es por definición, acción, práctica, la práctica de la transformación revolucionaria consciente del mundo” (1988: 38). A juicio de Campos, olvidaron que Marx había dado fin al conocimiento especulativo y que el proceso histórico, la práctica política del movimiento obrero, no debía desatender este avance del pensamiento revolucionario. Por ende, debe conocer por medio de la *praxis* y no hacer filosofía.

En el segundo capítulo, Rodolfo Campos se embarca en el estudio del preciso momento en que las tesis de Marx terminan convirtiéndose en lo opuesto a lo que eran para el autor: una filosofía. A partir de allí, el texto desarrolla históricamente cómo se abandona la obra de Karl Marx como *praxis* revolucionaria y se la convierte en una de las tantas concepciones del mundo. Y consecuente con su concepción, expone dicho desarrollo formando parte del estado de la lucha de clases en el proceso histórico real; es decir, concibe esta disputa no devenida del terreno de las ideas sino de la *praxis* misma.

A la muerte de Marx y en tiempos de las obras teóricas más conocidas de Friedrich Engels, el capitalismo se estabiliza luego de la crisis de 1873. El movimiento obrero retrocede ante el imperialismo y sufre la penetración de las filosofías neokantianas. Estas retoman a Immanuel Kant, quien concibe la imposibilidad de conocer el objeto en sí sino a través de las representaciones que tenemos de los fenómenos en su desarrollo (ser para sí) por nuestra sensibilidad. Así el neokantismo se configura como una filosofía escéptica sobre la posibilidad de conocer, lo cual en el movimiento descalifica al marxismo como forma de conocimiento y, más aún, como práctica revolucionaria.

Entonces –dice Campos– el movimiento marxista, aprisionado también en el retroceso del movimiento obrero, que sigue a la derrota de la Comuna, se sitúa en el terreno de la filosofía, de la ideología, para defender contra todas las formas de escepticismo y de renuncia, el principio de la infinita capacidad del hombre para conocer. Así nacerá la filosofía marxista, esta especulación filosófica, de nuevo” (1988: 84).

El encargado va a ser Engels cuando en esta disputa se propone fundar una teoría materialista del conocimiento. Esto implica pensar un sujeto de esta teoría que no es ni más ni menos que una nueva abstracción: un hombre-cognoscente; y relegar al hombre concreto de la sociedad capitalista. El conocimiento no se funda en la *praxis* sino en una teoría que da primacía a la materia, es decir, se mantiene en el terreno de lo especula-

tivo.

Esta teoría del conocimiento va estar sistematizada en la dialéctica materialista y, según la interpretación de Campos, esto significa pensar que "la dialéctica de la idea es el reflejo de la dialéctica de la naturaleza (...) No es el pensamiento el que crea el objeto, es el objeto el que crea el pensamiento (...) el conocimiento es el reflejo de la realidad objetiva" (1988: 85). Según el autor, esto implica la idea de reproducción mecánica de la materia que precede al pensamiento, en la idea –de aquí la necesidad de Engels de una obra como *Dialéctica de la naturaleza*–.

Sin embargo –hace notar el autor– en el *Anti-Dühring* Engels niega que haya filosofía; lo que existe para éste es una concepción del mundo –negando la tesis XI de las *Tesis sobre Feuerbach*–, es decir, el contenido de la filosofía como teoría del pensamiento y sus leyes (lógica) que toman cuerpo en las ciencias positivas. La cuestión entonces rondará en la lógica dialéctica como reflejo de una dialéctica de la naturaleza (o de la materia) que precede al pensamiento, pero que invita a las ciencias positivas a pensar a partir de ella.

No obstante, volviendo al terreno de la disputa que quería dar Engels, logra tener éxito porque, según Campos,

... el poder de conocer, naturalmente no tiene fin, puesto que es el producto del pensamiento mismo, producto del movimiento de la materia. Pero esta argumentación no puede impedir el avance trágico de la sumisión del hombre –del hombre cognoscente– ante el mundo exterior. Pues ¿qué rol activo tiene este hombre sobre el mundo exterior? Su pensamiento, sus ideas, su conocimiento, son el reflejo, la copia, la imagen del mundo exterior" (1988: 89).

El autor se detiene en lo que considera una teoría del reflejo en Engels. Argumenta que, si la idea es un mero reflejo de la materia, no hay *praxis* sino sensibilidad (al modo del materialismo feuerbachiano). Es decir, se despoja –como apuntaba Campos en la crítica de Marx al materialismo filosófico– el lado activo del hombre al crear la idea junto con la transformación de la materia. Por otro lado, ¿cómo sabríamos si nuestro conocimiento es real? Aquí Engels ha puesto a jugar un rol a la práctica. Ésta hace que las cosas en sí que transformamos (en cosa para nosotros) demuestren que sí son cognoscibles, de lo contrario no podríamos transformarlas. La práctica es mera verificación de nuestro reflejo. Al respecto dice el autor:

Es cierto que la práctica es la confirmación constante de la capacidad del hombre para conocer. Pero más esencialmente es la prueba de su capacidad para crear, para transformar la naturaleza, la materia, la sociedad. En lugar de situarse en el terreno del conocimiento, terreno tan querido, y con razón, por los filósofos, ¿no sería preferible situarse de entrada en el terreno de la práctica creadora, fuente de todo conocimiento? (1988: 94)

Finalmente, a Campos le resulta llamativo que el concepto de alienación no aparezca en la obra de Engels, en tanto se trataría de un reflejo de la materia que generaría una falsa conciencia en el caso de las relaciones sociales de producción capitalistas. La ciencia como creación contribuiría a develar la alienación pero no así si es el conocimiento es mero reflejo (y no se puede transformar la alienación en libertad). Esto se explica en que, para Campos, Engels se refería sino a un hombre-cognoscente-abstracto y no el hombreconcreto del capitalismo.

### Conclusiones sobre la obra de Campos

El desarrollo del texto continúa en ocho capítulos más. Son analizadas las obras de Plékhanov, Lenin, Stalin, Mao Tse Tung, Gramsci, Georges Politzer, Lukacs, Adam Schaff y Roger Garaudy. El diagnóstico de Campos es negativo: ninguna de todas estas obras logró salir del terreno de la especulación filosófica, del materialismo pasado, e integrar nuevamente la *praxis* al “sistema conceptual” que había creado Marx. Todas trabajaron en la afinación de la teoría materialista del conocimiento cuando no discursaron sobre la concepción del mundo que estaba detrás del marxismo. Así, da la impresión que Campos reniega que la *praxis* se deduzca de una teoría reduciendo este concepto al materialismo y no sea ésta misma *praxis* la que genere la teoría revolucionaria y el conocimiento.

Ahora, si bien para Campos este marxismo después de Marx tuvo un derrotero necesario puesto que el contexto histórico lo condicionaba a dar la disputa de clases en el terreno de la filosofía se debe comprender que ni bien la clase obrera pase a la ofensiva (o salga de su estado de latencia) la ciencia burguesa perderá su carácter de tal (Marx, 2012: 13) y se deberá abandonar este terreno para pasar a la *praxis* revolucionaria como la entiende el autor (conocimiento y transformación).

Sin embargo, sobre la *praxis* como la entiende Rodolfo Campos es difícil hacer una definición sistemática. Pareciera ser que idea y materia se crean en un mismo acto, con lo cual el correlato político es que de la misma *praxis* se desprende con evidencia la teoría revolucionaria, por lo que no se necesitaría ninguna mediación crítica puesto que estaríamos abriéndonos paso en la especulación.

Ahora Campos respondería que no todo conocimiento es especulativo sino sólo aquel que retome la filosofía; por oposición, toda mediación crítica-racional de la práctica sería verdadero conocimiento. Pero, de ser así, ya no sería parte de un mismo acto. No obstante, en esta crítica al autor debemos tener en cuenta que se trata de sistematizar una definición que no es explicitada sino deducida del desarrollo de la argumentación; una aproximación que trata de hacer explicativo algo que no es claro en el texto mismo.

Por su parte, Rodolfo Campos no resuelve el debate. Sus conclusiones no se dedican a establecer una *praxis* (conocimiento y transformación) tan necesaria a la lucha obrera de aquellos días en que escribió el autor sino a discursar sobre los orígenes de la filosofía especulativa por la impotencia de dimensionar el potencial creador (*praxis*) humano. Sin embargo, su obra es útil para pensar la actualidad, en donde la clase obrera empieza a dar algunos pasos, ya que el marxismo solo puede dar la discusión contra el posmodernismo y el idealismo en la ciencia, en la medida que atiende a la práctica política de la transformación social.

## Referencias

Campos, Rodolfo (1988) *Las “sagradas escrituras” del marxismo*. Buenos Aires: Editorial Grito Sagrado.

Marx, Karl (2012) *El capital*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores. Volumen 1.